

Reseña

Carlos Franco

Acerca del modo de pensar la democracia en América Latina

Remedios de Escalada, Pcia. de Buenos Aires: Ediciones de la UNLa, 2013. 314 págs. (Colección Planificación y Políticas Públicas). Presentación de Carlos M. Vilas. ISBN 978-987-1987-01-6

Diego Raus

Universidad Nacional de Lanús

Como se señala en la presentación de esta reedición del libro de Carlos Franco, es intención del autor recuperar –actualizado y resignificado– el enfoque histórico–estructural para pensar a la democracia en América Latina. En otras palabras, el objetivo de despejar la unicidad del enfoque institucional y procedimental propio de la academia anglosajona y prevaleciente en nuestra región, desde el cual emana un deber ser de la democracia a veces ajeno en su tipicidad, a la vez que generar líneas directrices que permitan analizar el devenir democrático en América Latina desde la especificidad histórico-cultural de la región. Ambos propósitos se enancan específicamente sobre el sesgo institucionalista que adquirieron los estudios sobre las transiciones democráticas en América Latina en la década de los '80. En este contexto general, el libro de Carlos Franco se propone revisar críticamente los estudios más paradigmáticos que abastecieron a la ciencia política latinoamericana, para luego proponer un enfoque propio de consideración de la democracia en nuestra región.

La crítica general de Franco, realizada básicamente sobre los análisis de las posibilidades de la democracia en Latinoamérica en los procesos de modernización y, luego, en el escenarios de las transiciones democráticas de los '80, se basa en la autonomía

que desarrolló la Ciencia Política -en realidad los politólogos- respecto a los análisis cruzados de las ciencias sociales y, a partir de esa autonomización, el pensar la imposibilidad de reducir, o condicionar, la política a otras esferas de la vida social como la economía, las relaciones sociales, la cultura. Si lo político se plantea como autónomo en la constitución de lo social, uno de sus aspectos más relevantes -la democracia- puede ser pensada en su institucionalización y en su desarrollo histórico en sí misma, como producto de actores e instituciones democráticas o autoritarias per se.

Reconoce, sin embargo, Franco, que esa modalidad de pensar la política sea, o haya sido, la contracara acerca de cómo la misma cuestión fue abordada en el esplendor -desarrollista, marxista, cepaliano, dependentista- de las ciencias sociales en la región, es decir, como un aspecto absolutamente subsidiario de la historia, la economía y las relaciones de dominación social. El problema que plantea Franco es que los análisis de la democracia luego de las transiciones, o sea los análisis políticos contemporáneos, están permeados por el mismo espíritu analítico con que se estudiaron las transiciones democráticas, es decir, la estabilidad y las perturbaciones de la democracia como un producto del desarrollo o de la falta de desarrollo de instituciones republicanas y una cultura política democrática liberal de ciudadanos. Cuando la región estalla a fines de los '80 hundida en las crisis económicas hiperinflacionarias, las visiones acerca del devenir democrático -“crisis de gobernabilidad” y luego “democracias delegativas”- estaban absolutamente impregnadas del sesgo analítico y prospectivo de los análisis transicionales y, por ende, despojadas de sus contextos económicos, sociales, geopolíticos, contextos necesarios al entendimiento de ese devenir democrático en el curso de las reformas económicas orientadas por el *Washington Consensus* primero, y la fractura que generaron en las sociedades latinoamericanas luego.

La primera parte del texto de Franco, en pos de fundamentar lo antedicho, se posiciona en el impacto que las dictaduras latinoamericanas de los '60 y, sobre todo, en los '70, tuvieron en el esquema conceptual con que “...las comunidades intelectuales de Latinoamérica...” reconvirtieron las apreciaciones pasadas sobre la democracia, esquemas conceptuales que, sellados ya en esas comunidades, iban a ser los vectores de todo análisis posterior sobre el devenir democrático. En este punto del texto cabe acotar si el centrar, por parte del autor, el ideario de democracia post-dictaduras en esas “comunidades intelectuales” no es una peligrosa reducción de la cuestión dado que, al menos, habría que incluir un cambio importante en la valoración de la democracia por parte de las sociedades latinoamericanas luego de la violencia criminal de las últimas dictaduras. Si, por esbozar un ejemplo conocido, un acto de violencia en un final de campaña -quema de un ataúd con la bandera del partido opositor- contribuyó a una victoria electoral impensada de ese partido opositor, cuyo slogan de campaña había sido, por otra parte, “Somos la vida, somos la paz”, cabe pensarlo como un elemento no menor del campo imperceptible del “inconsciente colectivo” en las sociedades

latinoamericanas. Y, quizás, la percepción de ese cambio en el imaginario social respecto al valor de la democracia haya impactado en la resignificación conceptual de ella en los campos académicos latinoamericanos. Haber considerado a la democracia como una opción cultural y normativa estaba en función del grado de violencia y desarticulación social efectuado por las dictaduras de entonces.

El libro se detiene en numerosas páginas en el pormenorizado análisis crítico de dos de los paradigmas teóricos más significativos sobre la democracia: el de Fernando Henrique Cardoso respecto a los dilemas de las democracias de la región en el contexto de la modernización desarrollista, y el de Guillermo O'Donnell referido al célebre estudio sobre las transiciones democráticas. En estos capítulos el análisis de Franco es muy pormenorizado, discute conceptos que llevan a la argumentación de aquellos autores, los relativiza en tanto conceptos y el análisis de las relaciones que permiten su estructuración como variables explicativas, en fin, un trabajo arduo de discusión conceptual que, en sí mismo, es muy agudo. El problema, puede plantearse, es que en casi ningún momento de este análisis crítico, Franco relaciona esa argumentación teórica con el "espíritu de época" en que cada uno fue presentado, "espíritu" que no es ni más ni menos que el momento histórico en que la problemática de la democracia en la región fue planteada, sometida a los dilemas de cada una de esas etapas, y, por ende, formateando el esquema conceptual de explicación analítica y teórica. Incluso, en relativa contradicción con la lógica central del texto de Franco, pareciera que en el desarrollo de su análisis crítico, no advierte el enfoque histórico (O'Donnell) y también estructural (Cardoso) presente en ambos. Quizás no como enfoque epistemológico que dirija el análisis, pero sí como variable contextual que incide en plantear el problema de la democracia en Latinoamérica como dilema.

Por otra parte, en esos capítulos, la crítica de Franco se posa en la entidad de ciertas ideas y conceptos analíticos, relaciones entre ellos y pertinencia en los argumentos centrales, en forma excesivamente exhaustiva, es decir, en un plano de análisis en que los textos criticados no están situados. Es como un desplazamiento de la cuestión hacia la pertinencia conceptual mientras que en los originales el tema pasaba por la generalidad de ciertas ideas para dar cuenta de una situación histórica y no por la precisión de los conceptos y relaciones que llevaban a la teoría. Son capítulos donde se puede tener la impresión de una deconstrucción conceptual, paciente y exhaustiva, académica, de teorías desarrolladas en el fragor del momento histórico, e incluso la posibilidad de plantear el interrogante acerca de si tanto Cardoso como O'Donnell, en el escenario reflexivo de la discusión académica, no hubiesen estado de acuerdo con muchas de las objeciones que Franco introduce en sus mapas analíticos.

Por otra parte, Franco realiza las críticas a O'Donnell a partir de la intervención de éste en los análisis de las transiciones democráticas, pero hay escasa mención de los

textos de O'Donnell situados en el mismo contexto de los textos de Cardoso: el de las modernizaciones desarrollistas, democráticas y autoritarias, clivaje en el cual el análisis de la democracia se realiza, exactamente, desde un enfoque histórico-estructural. Si es cierto que en los análisis transicionales dicho enfoque se pierde precisamente por un cambio histórico en el modelo de dictaduras que se dejaba atrás, ya no las dictaduras desarrollistas de los '60 sino las dictaduras "refundacionales" de los '70. Por otra parte no rescata el autor ciertos aspectos originales de las teorías de las transiciones democráticas -vg. el análisis histórico-comparativo-, se malinterpretan ciertos postulados originales de esas teorías (dice Franco que el concepto de "incertidumbre" como eje valorativo de la democracia es un "...estado psicológico" cuando su originalidad estaba puesta en mencionar un estado de indefinición en las relaciones de intereses sociales) y, en definitiva, se deja de lado, por omisión, el hecho ya político, no teórico, acerca de que "la política" (politics) de los gobiernos transicionales era llevar efectivamente la transición democrática a la estabilidad democrática. En ese contexto político, difícil no autonomizar a la democracia en tanto su sentido político a la vez que "desestructuralizarla". Ahora bien, si ese contexto histórico político fue el Caballo de Troya con que el arsenal conceptual y analítico de la politología anglosajona permeó de ahí en más gran parte de la politología latinoamericana (y la no casualmente expansión de carreras universitarias en Ciencia Política), Franco tiene toda la razón. Basta con revisar las temáticas predominantes en los congresos de la disciplina en la región durante estos últimos veinte años, y también rememorar la fuerte discusión teórica entre democracia formal y democracia sustantiva que se desarrolló a fines de los '80, discusión que Franco va a rescatar en los últimos capítulos del libro.

En la conclusión de su obra, reitera Franco la pérdida del enfoque histórico-estructural en la politología latinoamericana, enfoque que, más llanamente, debe entenderse cómo relacionar en un plano de mutua constitutividad el devenir de la democracia con la construcción histórica de las relaciones sociales y las relaciones de dominación en el proceso político latinoamericano. Dado que a cualquier analista agudo, y originario de nuestra región, este plano no se le puede escapar, la gran pregunta es acerca de las razones con que se "importaron" a las ciencias políticas de la región, los marcos teórico-conceptuales de la politología, sobre todo, anglosajona, cuando queda claro, como Franco expone en varias páginas, que son dos desarrollos históricos disímiles. Así, la vertebración de la politología latinoamericana de los últimos treinta años -vertebración que significa desarrollos teóricos, temas de congresos, expansión de carreras universitarias, textos, posgrados-, observó en forma de relativa importancia, un recorrido teórico con fuerte presencia del enfoque rational choice primero, el enfoque procedimentalista democrático luego y, por último, el auge del neoinstitucionalismo. Aspectos teóricos muy valiosos precisamente como aspectos constitutivos de la vida política pero no absolutos. A este escenario se subieron también particulares metodologías de análisis como la introducción de modelos formalistas y matemáticos para explicar, como

variable independiente, una de las actividades sociales más dinámicas, imprevisibles e inciertas en sus resultantes: la política. Como bien titula un texto César Cansino, “La muerte de la Ciencia Política”.

Paradójicamente, cuando en nuestra contemporaneidad, más auge tomó, y toma, el enfoque neoinstitucionalista en parte de la politología latinoamericana, es en el momento que en la región se registraron significativos procesos de ampliación social de las democracias *realmente existentes*, obviamente resultantes no de cambios en las reglas de juego institucionales o alteraciones en los mecanismos constitutivos de la representación política, sino de profundas transformaciones en la correlación de fuerzas sociales, que se entienden sólo en el devenir del histórico fragor del conflicto social y político en América Latina. Señalo lo paradójico pues el proceso político actual en gran parte de la región sólo puede ser analizado en función de la particular historia social latinoamericana y no desde la unicidad de formatos teóricos y metodologías numéricas. Quizás la incapacidad de entender estos nuevos procesos políticos haya generado en ciertos –no todos, por supuesto– cenáculos académicos el desarrollo remanido del concepto de neopopulismo como única herramienta analítica que visualice, en forma negativa, lo que no es sino un riquísimo, en términos políticos y analíticos, comienzo de siglo en nuestra región. Creo, en definitiva, que el libro de Franco, es de necesaria lectura para volver a componer una perspectiva ajustada de la realidad política latinoamericana, por parte de la ciencia política latinoamericana.